

MIS PADRES

Alberto López González
<http://www.historiasdehojalata.com>

Título: “Mis Padres”
© 2009, Alberto López González

Este relato corto está publicado bajo una licencia *Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 España*.

Esto significa que usted puede copiar, distribuir y comunicar públicamente y libremente la obra **bajo las condiciones siguientes:**

- **Reconocimiento.** Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- **No comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- **Sin obras derivadas.** No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.
- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Puedes enviar cualquier sugerencia, crítica o comentario a: mail@historiasdehojalata.com

Más información sobre el relato, el autor y nuevos libros en:
<http://www.historiasdehojalata.com>

Nota: Aunque este relato sea gratuito y de libre distribución, te pediría que en vez de enviárselo a un amigo directamente le indicases que se lo baje de mi página web. Es la única forma que tengo de saber cuánta gente se lo ha leído.

Muchas gracias y que disfrutes de su lectura.

El primer recuerdo que soy capaz de traer a mi memoria es el de mi sexto cumpleaños. No estoy seguro de que ése sea realmente el más antiguo, pero al menos es el más completo y el primero con una referencia temporal. Puede que esa imagen difusa en la que cazo una lagartija y la meto en un bote de cristal bajo la atenta mirada de mi padre sea anterior, pero me es imposible saberlo. En cualquier caso, y por desgracia, mi memoria guarda nítidamente todo lo que ocurrió ese día. Un suceso inesperado imprimió las imágenes en mi mente convirtiéndolo en un recuerdo indeleble. Entonces no entendí todo su alcance pero ahora lo comprendo todo.

Ese día mi madre me había preparado una de mis tartas favoritas; un relleno de bizcocho rodeado de nata y culminado por una montaña de trocitos de fresa. Desde muy temprano estuve deambulando por la casa impaciente por saber quién vendría y qué regalos traería.

Mis padres y yo vivíamos en una bonita casa en el campo cerca de un pequeño bosque y bastante alejados de la ciudad. Esa ubicación tan aislada hacía que las visitas fueran escasas, y si a eso le añadimos que yo nunca he ido al colegio, entonces entenderéis mi emoción por una fiesta de cumpleaños. En realidad yo, con aquella edad, no sabía muy bien qué era una escuela. De hecho no recuerdo haber salido de mi casa antes de ese día, y pasarían aún varios años más para entender por qué.

Mis padres habían equipado la casa con lo último en tecnología y aquella rústica casa de campo con jardín y piscina no desvelaba desde fuera el alarde tecnológico que había en su interior. A mi no me resultaba raro que desde que nací mis ositos de peluche

me hablaran y jugaran conmigo, pero no eran esos muñecos que había visto en las viejas películas que repetían siempre las mismas palabras. No, mis osos de peluche eran capaces de entender lo que les decía y obedecían mis órdenes. Mis padres les llamaban “*autómatas*”. A mi un día se me ocurrió llamarles robots, por semejanza a unos que había visto en un cuento infantil, y mi padre se ofendió muchísimo. Me explicó que aquellos pequeños mecanismos no eran más que unos entretenidos inventos para los niños, pero que ni mucho menos eran robots. Los robots, me explicó, eran mucho más complejos y tenían inteligencia propia. A pesar de no entender bien la diferencia entre mis osos y aquellas máquinas que en mis cuentos llamaban robots, acepté la explicación de mi padre. Mi madre me había contado que papá trabajaba arreglando robots de verdad, por lo que él sabría perfectamente qué era un robot y qué no. Así que, aunque yo nunca había visto un robot en mi vida, tuve que aceptar que mis peluches, la aspiradora automática, el cortacésped programado y la camarera que recogía la mesa cada noche y solía cocinarnos sin apenas pronunciar palabra eran “*autómatas*”. Si todos ellos no eran robots tenía muchas ganas de conocer a uno. Con los años me di cuenta de que mi padre tenía razón en diferenciarlos y pronto, no dejaría de verlos.

En cuanto a la escuela, nunca me hizo falta acudir a una. Yo tenía al profesor en casa. En el sótano, mi padre había construido una réplica de un aula. Claro que yo no había visto ninguna, así que para mi era una habitación más de la casa dónde debía estudiar y atender a mi profesor.

Mi profesor era, según mi padre, lo más avanzado en inteligencia artificial, y poseía acceso a una inmensa base de datos de conocimiento. Estaba gobernado por un gran ordenador conectado a una pizarra especial. Mi profesor lo sabía todo de todas las asignaturas y disciplinas, así que siempre la misma voz me explicaba las lecciones de matemáticas, ciencias naturales, dibujo, filosofía... La pizarra se llenaba de texto,

dibujos o fórmulas a su antojo y varias cámaras distribuidas por la habitación eran sus ojos, incluida una que debía colgarme del cuello para que el profesor pudiera supervisar mis ejercicios. Hasta los ocho años mi padre me obligó a usar lápiz y papel porque decía que estimulaba una parte importante de mi cerebro, pero a partir de esa edad todo lo hacía con una pequeña consola personal. La única pega de tener al profesor en casa era que mis padres se enteraban al instante de mis progresos o mis faltas en cualquier asignatura, pero por norma general aprendía muy rápido. Una mañana recuerdo que antes de bajar al sótano le pregunté a mi padre:

–Papá, el profesor... ¿es un robot?

Mi padre se quedó mirándome con detenimiento y dudó qué contestarme por unos segundos, finalmente me dijo:

–No hijo. El profesor es una entidad de conocimiento. No es un robot porque no puede moverse.

–¿Y si le pusiéramos unas piernas y unos brazos? ¿Sería entonces un robot? – insistí. Mi pequeño e inquieto cerebro infantil no se daba por vencido.

Mi padre pareció molestarse por la insistencia, aunque con paciencia se agachó y se colocó a mi altura para darme otra explicación. Eso significaba que me gustara o no lo que me iba a decir era su última palabra; a esa edad yo ya había aprendido a interpretar los gestos de mi padre.

–Hijo, un robot no es sólo una máquina que parece inteligente. Un robot es... – mi padre buscaba las palabras adecuadas para que yo le entendiera– es una persona artificial. El profesor es simplemente una gran base de datos con un interfaz amigable.

Me quedé pensando en sus palabras unos instantes sin terminar de comprenderlas y dándole un beso en la mejilla me bajé al sótano sin decir nada, y

aunque entonces no entendí del todo sus palabras, ahora las comprendo perfectamente, y sin duda mi padre no podría haberme dado una definición mejor.

El día de mi sexto cumpleaños mis padres decidieron que no tenía que ir al colegio, es decir, que no tenía que bajar al sótano. Normalmente casi todos los días tenía que estudiar o ir a clase aunque fueran sólo dos horas, porque mi padre pensaba que era mejor ir un poco todos los días que no mucho tiempo pocos días. Así que esa mañana estaba sin ocupación y nervioso por el acontecimiento.

–Mamá, ¿puedo bañarme en la piscina? –pregunté desde la puerta de la cocina.

–Por supuesto, cariño. Pero no estés mucho tiempo. En un par de horas empezarán a llegar los invitados.

–Gracias mamá.

Subí corriendo las escaleras y me puse el bañador en un segundo. A pesar de mi corta edad tenía muy buenas aptitudes para nadar, aunque lo que más me gustaba era atravesar la piscina buceando. Cuando me disponía a salir de mi habitación, uno de mis peluches me preguntó:

–¿Dónde vas, Andrew? ¿Puedo acompañarte?

–No Tim, voy a bañarme, y sabes que el agua no te sienta bien.

–No, no, no... al agua no –dijo dando pequeños pasos atrás y moviendo en aspa sus pequeños brazos–. Te esperaré aquí.

–Luego jugaremos con los juguetes que me regalen. Mientras asegúrate de que ninguno salís del cuarto, ¿vale?

–A la orden –dijo el pequeño peluche mientras subía su peluda mano a la cabeza a modo de saludo.

Cerré la puerta y bajé corriendo las escaleras. Tras bucear durante largo rato y salpicar por doquier salí de la piscina sin necesidad de que mi madre me lo dijera. Estaba ansioso por recibir los regalos y por saludar a mis primos a los que no recordaba haber visto nunca.

A la hora señalada llegaron los primeros invitados. Una pareja, amigos de mis padres, fueron los primeros. Creo que él trabajaba con mi padre en la misma empresa, aunque no estaba seguro. Mi padre nunca hablaba de su trabajo y ni siquiera sabía exactamente dónde trabajaba porque se pasaba mucho tiempo en casa.

Dejaron su regalo en el porche. Mi madre dijo que primero debíamos celebrar el cumpleaños y acabar con lo que había cocinado, y después de la tarta, abríamos los regalos. Me quedé mirando la enorme caja que habían traído. Entonces no lo sabía, pero aquel regalo marcaría mi vida para siempre.

Después llegaron mis primos y sus padres. También trajeron regalos aunque más pequeños, y al igual que los amigos de mis padres, los llevaron al porche y los colocaron encima del gran regalo.

Al verles me decepcioné un poco, no por el tamaño de los regalos, sino por su edad. Mis primos eran mayores y muy altos, tan altos cómo sus padres. Me había imaginado que serían de mi edad para poder jugar con ellos. Sin embargo, y a pesar de mis dudas iniciales, la tarde fue muy divertida, y aunque mis primos tendrían por lo menos diez años más que yo, jugaron conmigo sin descanso. Fueron muy amables y me alegré de tener primos tan simpáticos. Por desgracia antes de abrir los regalos algo horrible pasó. Cuando estábamos jugando al rugby y en mi afán por atrapar el balón que había lanzado mi padre, empujé con todas mis fuerzas a uno de mis primos con tan mala suerte que le tiré a la piscina. Su grito asustó a todos. Nadie reaccionó durante varios segundos. Todos se quedaron mirando a mi pobre primo mover los brazos en el agua de

forma agónica. Yo no podía imaginar que mi primo no supiera nadar y, al ver que nadie se movía, me dispuse a tirarme a la piscina. Sin embargo mi madre lo evitó, me cogió en volandas, y me metió en casa.

–No te preocupes Andrew, ha sido un accidente –me dijo mi madre con voz suave –. Además seguro que papá le rescata.

Tras darme un beso, cerró la puerta de la cocina y salió al jardín. Yo me quedé temblando sin saber qué hacer. Me quedé muy quieto escuchando y, al no oír nada, abrí despacio la puerta de la cocina. La entrada principal que daba acceso al jardín estaba cerrada por lo que no podía ver qué estaba sucediendo en el exterior y, tras meditar unos segundos, me lancé escaleras arriba y me encerré en mi cuarto. Allí estaba mi peludo amigo Tim con el resto de muñecos en formación.

–¡Fiiiiirmes! Está Andrew en la habitación –dijo su vocecita metálica.

–Ahora no, Tim, ahora no quiero jugar.

Me quedé sentado en el suelo rememorando aún la imagen de mi primo cayendo en el agua y la cara desencajada de todos. Había sido todo por mi culpa, me recriminé, por mi manía de jugar al rugby. Sin embargo, seguro que mi madre tenía razón y no era nada, pensé para calmarme. Seguro que después de meterme en casa, mi padre se había lanzado a sacar a mi primo y nada malo le habría pasado. Con ese pensamiento en la cabeza cogí fuerzas para asomarme por la ventana. Allí estaban todos de pie alrededor de mi pobre primo que convulsionaba con ligeros estertores, mientras mi padre dejaba en el suelo el largo palo del limpia piscinas. Mi primo dejó de temblar y mi padre se agachó y le tapó con una manta, probablemente tenía mucho frío, pensé. Cuando mi padre se estaba levantando, y como si supiera que yo estaba mirando desde la ventana, levantó la cabeza hacia mí. Rápidamente me deslice al suelo y con la espalda apoyada

en la pared me quedé allí muy quieto. Cerré los ojos y deseé con todas mis fuerzas que nada de eso hubiera ocurrido.

A la mañana siguiente desperté en mi cama con el pijama puesto. Durante unos minutos no sabía qué había pasado. ¿Lo habría soñado todo? ¿Sería hoy el día de mi cumpleaños? Me asomé a la ventana y nada indicaba que hubiera ocurrido lo que tenía grabado en mi mente; el jardín estaba vacío y el agua de la piscina se movía tranquila por el efecto de la depuradora. Bajé corriendo las escaleras y, al entrar en la cocina, allí estaban mis regalos de cumpleaños. Todos ellos sin abrir. Por desgracia, no había sido un sueño.

–¡Hola Cariño! ¿Qué tal has dormido?

Mi madre tenía tan buen humor como siempre. Supuse que eso era buena señal y que finalmente mi primo estaba bien.

–Bueno, creo que bien... ¿Qué tal está el primo?

–¡Perfectamente! No te preocupes cariño fue un susto, nada más. De todas formas papá va a instalar una persiana especial para evitar que vuelva a pasar. Anda, toma tu desayuno y en cuanto termines abre tus regalos.

Miré de nuevo todos mis regalos y me animé. Al final no había pasado nada malo. Tomé rápido mis cereales y subí todos los paquetes a mi cuarto. Dejé a un lado la gran caja; decidí que la abriría la última. Me centré primero en los otros dos regalos más pequeños que habían traído mis primos. El primero era un libro de ciencia–ficción, “*Proyecto #194*” se titulaba y parecía tener muy buena pinta. Lo dejé sobre mi mesilla; lo empezaría esa misma noche. El segundo era un juego para la consola. ¡Me encantaba jugar a la consola! Pero tampoco ahora lo probaría... más tarde jugaría con él. En ese momento mi atención estaba centrada en el gran objeto que me había costado subir por las escaleras. Lo desenvolví lentamente. La caja por fuera no tenía nada escrito. Era una

caja de plástico reforzado que no parecía tener aberturas, tan sólo una ligera muesca en la parte superior con una nota que ponía: “Colocar el dedo aquí”. Miré una vez más la caja antes de colocar sobre esa superficie mi dedo índice. Un pequeño sonido y un ligero silbido me indicaron que un mecanismo se había puesto en marcha. La caja se abrió sola y una pequeña imagen holográfica me dio la bienvenida a mi primer kit de robótica. Ese juego me cambiaría la vida. Ahora entiendo por qué me lo regalaron. No fue un regalo al azar, nada lo ha sido en mi vida.

Cuando cumplí los diez años ya tenía hechos un par de artefactos robóticos de cierta complejidad y mi padre me animaba con más juegos, piezas y mecanismos. Sin duda había encontrado mi vocación. Cada día dedicaba más tiempo a aprender todo lo necesario sobre los robots, y no sólo en lo referente a su construcción, sino también a su programación, quizá la parte más compleja. Cada noche alargaba más mi hora de irme a dormir enganchado en algún prototipo. Y una de esas noches ocurrió algo realmente extraño. En un intento por avanzar más rápido en mi aprendizaje de robótica, decidí analizar a un “autómata” que ya funcionara perfectamente; cogí a mi buen amigo Tim con el que hacía tiempo que ya no jugaba y decidí desarmarlo. Lo cogí con cuidado y mientras su vocecita metálica me decía algo, lo apagué. Sus brazos se quedaron quietos al instante y sus ojos entreabiertos. Le dí la vuelta, y me disponía a abrirlo cuando descubrí que entre su abundante pelo había una cremallera disimulaba. Parecía que el constructor había pensado en un sistema que facilitara su arreglo. Abrí la cremallera no sin mucho esfuerzo y, cuando me disponía a estudiar los circuitos y mecanismos internos, varios objetos se deslizaron de su interior. Una canica, un pequeño cilindro con un líquido en su interior que más adelante supe que era un encendedor, unos círculos de metal con caras y números grabados que sin duda eran antiguas monedas, y

lo que más me sorprendió; varias fotografías, en las que salía yo. En la primera yo era un bebé y estaba en brazos de mi madre y junto a mi padre en la piscina, aunque ellos estaban distintos. Mi madre tenía el pelo mucho más largo que ahora y parecía más bajita y mi padre llevaba gafas, cuando no recordaba haberle visto nunca con ellas. Las otras dos fotos fueron realmente impactantes; en una estaba yo con mis padres y en la otra yo sólo con una chica... pero en ambas, yo, ¡era mucho mayor que ahora! Me quedé con la boca abierta. Tras mirar con detenimiento aquellas fotos era evidente que aquél era yo con quizá... diez años más; mis padres también parecían más mayores, con canas en su pelo y más arrugas. ¿Cómo era eso posible? Me levanté con las fotos en la mano aún con la boca abierta y me fui directo a la habitación de mis padres. Algo de luz se filtraba por debajo y por un lateral de la puerta que no se encontraba cerrada del todo. Me acerqué despacio y abrí la puerta lentamente. Mis padres estaban los dos de pie de espaldas a la puerta. Iba a decirles lo que acababa de encontrar cuando algo en mi interior me hizo darme la vuelta. Quizá no era buena idea molestarles a esas horas...pensé. Cuando me disponía a salir mi padre me llamó.

–¿Andrew? ¿Qué haces aquí? ¿Qué es lo que quieres?

Me quedé quieto, me giré lentamente y, sin saber por qué, oculté detrás de mí las fotografías.

–Nada... simplemente quería mostraros mi nuevo autómata... pero he pensado que mejor mañana.

–Andrew, ¿qué estás escondiendo? –preguntó mi padre con voz muy seria.

–Nada papá.

–¡Andrew!

No hizo falta decir nada más. Mi padre no solía enfadarse, pero el tono que utilizó indicaba que pronto lo estaría. Saqué la mano de detrás y le enseñé las fotos a mi padre al tiempo que le decía:

–Las encontré en mi cuarto... ¿Cómo es posible que salgamos todos más viejos en estas fotos? Y qué distintos estabais en esta otra –dije mostrándoles también la fotografía en la que yo era un bebé.

Mi padre las cogió y las miró detenidamente. Mi madre también se acercó y, tras revisarlas un instante, se las guardó en un bolsillo.

Pasaron unos eternos segundos en los que los dos se quedaron de pie en silencio. Finalmente mi padre se agachó y me dio una explicación.

–Son bonitas, ¿verdad? De vez en cuando es agradable ver fotos antiguas y ver cómo hemos cambiado todos. Porque tú, también has crecido un montón...

–Sí... supongo –contesté algo confuso–. Pero... ¿Y las fotos en las que salimos todos más mayores que ahora? ¿Cómo es posible?

–Esas... Esas fueron un experimento que hice hace tiempo con un programa nuevo de ordenador que era capaz de simular el cambio en las personas con el paso de los años. Me pareció interesante imprimir unas cuantas y guardarlas para ver si, en unos años, seríamos realmente así o no. ¿Dónde las encontraste? Ya nos habíamos olvidado de ellas.

–En el fondo del armario –mentí. De forma instintiva no quería desvelar mi nuevo escondite secreto que había encontrado.

–Pues ahora que las has encontrado las guardaremos en lugar seguro y dentro de diez años nos sacamos nuevas fotos y las comparamos, ¿te parece?

–Vale –contesté con cierta confusión. Era curioso que un ordenador pudiese predecir la apariencia de uno con el paso de los años.

–Anda hijo, vete a dormir que ya es muy tarde –mi madre se agachó y me besó en la mejilla. Yo le devolví el beso y me despedí con un “buenas noches “.

Cuando llegué a mi cuarto me quedé pensando unos instantes en la explicación de mi padre. Sin duda tenía que ser verdad ya que si no, no entendía cómo podría tener esas fotos. Recogí despacio las canicas y las monedas y las volví a guardar dentro de Tim. Antes de cerrar la cremallera vi que dentro todavía había una pequeña foto de familia, en la que estábamos mis padres, yo y un pequeño perro. Todos mayores que ahora. La miré y sonreí mientras cerraba la cremallera. ¿Sería capaz de predecir el ordenador que íbamos a tener un perro? ¿Quizá mi padre estaba pensando en comprar uno? Con esos pensamientos me acosté en la cama y me dormí. Pronto olvidaría aquel extraño episodio hasta unos años más tarde.

El tiempo pasaba y yo seguía con mi formación académica y mi profesor particular seguía implacablemente el plan de estudios que, por lo que he sabido después, estaba muy adelantado a mi edad biológica. Sin embargo no olvidaré nunca la última clase de filosofía del verano cuando ya tenía catorce años. Ya habíamos concluido el repaso a todos los pensadores y corrientes de la historia de la filosofía cuando mi profesor decidió abordar la discusión dialéctica. Él me planteaba situaciones complicadas o comprometidas para conocer mi forma de pensar y de argumentar mis pensamientos. Sin embargo yo ese día estaba ausente y contestaba sin entusiasmo; sin saber por qué regresaban a mi memoria las imágenes de aquellas fotos que años atrás había descubierto dentro de Tim y un asunto que últimamente me rondaba la cabeza en busca de una explicación.

–Profesor, ¿puedo hacerle una pregunta?

–Andrew, se acaba la clase, y sabes lo estricto que soy con los horarios.

–Solo una... por favor...

–Está bien. Una pregunta y me desconecto.

–Pero tienes que decirme la verdad, ¿lo prometes?

–Claro que sí, yo no puedo mentirte. Mi programación como sistema educativo no incluye el concepto de mentira.

–Vale, allá va. ¿Por qué nunca en mi vida he visto a un niño?

El profesor tardó unos segundos en contestar, sin duda una eternidad tratándose de él que tenía todas las respuestas al instante. Es como si algo en su interior se resistiese a darme una respuesta, aunque finalmente lo hizo.

–Porque... no hay más niños, Andrew.

Y acto seguido se desconectó.

Tardé varios días en hablar de aquello con mis Padres, ya que no sabía muy bien qué podía significar su respuesta. Si no había más niños en el mundo, ¿cómo era posible que los hubiera en mis cuentos? ¿Y en la tele? ¿Y en las películas antiguas que solía ver con mi padre? ¿Y qué pasaba conmigo? Ya no podía seguir ignorando la situación, necesitaba saber la verdad. Finalmente me atreví a hablar con mi madre mientras desayunaba. No sabía por qué pero no tenía valor para preguntarle todas mis dudas a mi padre.

–Mamá, ¿puedo preguntarte una cosa?

–Claro hijo, ¿de qué se trata?

–¿Por qué no hay más niños en el mundo?

Mi madre dejó de regar las plantas de la cocina, se dio la vuelta lentamente y me miró muy seria.

–¿Quién te ha dicho semejante tontería? –su cara se tornó fría, como nunca antes la había visto.

–El... profesor –dije temeroso.

–Voy a tener que decir a tu padre que lo arregle...

Y sin más se dio la vuelta y siguió regando las plantas. Daba por finalizada la conversación. Sin embargo su respuesta no me valía.

–Y entonces, ¿por qué no he visto ninguno? ¿Por qué no ha venido ninguno a casa?

–Simplemente... porque... porque no ha coincidido. Para tu próximo cumpleaños invitaremos a los hijos de unos amigos de papá. Anda, termina de desayunar que me tienes que ayudar a arreglar el desván.

Aquella respuesta no me servía y claramente mi madre me estaba mintiendo. Dejé la cuchara sobre la mesa con ruido y subí furioso las escaleras. Cogí a Tim y lo abrí con fuerza; la canica y aquel encendedor se cayeron con estrépito al suelo y me quedé mirando detenidamente la foto de familia. La cogí muy despacio, como si temiera que se deshiciera en mil pedazos. En aquel momento volví a recordar aquella noche en la que había enseñado las otras fotos a mis padres y recordé la explicación que me habían dado, pero algo no encajaba. Miré de nuevo la foto, y allí estábamos los tres con ocho o diez años más en el jardín de casa y con un pequeño perro. En la foto yo ya era más alto que mi Padre y este a su vez más que mi madre. La di la vuelta y vi una dedicatoria y una fecha; no recordaba que las otras fotos tuvieran fecha, pero aquella sí que la tenía y... la foto se había sacado... ¡muchos años atrás! ¡Más de diez años antes de que yo naciera! ¿Cómo era posible que tuviera en mi mano una fotografía en la que tenía más edad que en ese momento y que se hubiese sacado antes de que yo naciera? Mi cerebro procesó con rapidez toda la información buscando una respuesta. Lo que mi padre me había explicado años atrás no podía ser la verdad. Bajé de nuevo y entré con rabia en la cocina. Me quedé quieto al ver a mi padre. ¿Cómo había llegado hasta allí?

Se suponía que estaba en el jardín. ¿Cómo le habría avisado mi madre sin yo oírles?
Ambos estaban de pie mirándome muy serios. Reuní fuerzas y les pregunté:

–¿Y también tenéis respuesta para esto? –grité mostrándole la foto de familia–.
Y no me vengáis con el cuento infantil del programa de ordenador...

Ahora me daba perfecta cuenta de que aquellas personas que tenía delante se parecían a las de las fotos pero no eran las mismas. En ellas, mi supuesta madre era mucho más baja que mi padre, y en frente de mí tenía a dos personas de la misma estatura... como mis primos y sus padres... como todas las personas que había visto hasta ahora.

Mis padres se miraron incrédulos.

–¿Cómo puede... –la tensión y unas lágrimas incipientes me entrecortaban el habla– cómo puede haber una foto mía de antes de que yo naciera? ¿Qué está pasando?
¿Quiénes sois?

Un tenso silencio se creó entre nosotros hasta que mi padre con voz tranquila lo rompió.

–Nunca pensé que este momento llegaría tan pronto. Pero está claro que eres más maduro de lo que corresponde a tu edad y estoy seguro de que lo comprenderás – mi padre guardo silencio un instante y continuó–. En realidad tú... has muerto... todos habéis muerto, por eso no hay más niños.

–¿Qué quieres decir? ¡Yo no estoy muerto! ¿Quiénes son “todos”? –el corazón me palpitaba a tanta velocidad que me costaba respirar.

–Los humanos –sentenció–. Algún día te explicaré qué pasó.

Tras otro silencio que me pareció eterno, continuó.

–Sólo hemos quedado nosotros. A ti te hemos... hecho volver a nacer, te hemos clonado. Ésta fue tu casa no hace mucho, y por eso existen esas fotos que has

encontrado en las que sales tú y tus padres biológicos, aunque nos cercioramos de limpiarlo todo... ¿dónde estaban?

–¿Qué más da eso? –contesté furioso y aturdido–. Pero, ¿quiénes sois? ¿Qué pasó? ¿Por qué me habéis clonado solo a mí?

Los dos se miraron en silencio como si estuvieran hablando sin yo poder oírles. Esta vez fue mi madre quién habló.

–Porque nosotros también nos estamos muriendo... –contestó lentamente–. Y tú... tú fuiste quién nos creó.

Nota: Si te ha gustado este cuento, te agradecería que lo puntuases en la página web http://www.historiasdehojalata.com/relatos_cortos.php y que por supuesto lo recomendases. Muchas gracias.